



BIBLIOTECA DE AUTOR

**ANDRÉS PABLO VACCARI**

*La pasión de Descartes*

EL GUARDIÁN LITERARIO

**ANDRÉS PABLO VACCARI**

*La pasión de Descartes*



**EL GUARDIÁN LITERARIO**

## ***Agradecimientos***

Deseo expresar mi profundo agradecimiento a John Sutton, mi director de tesis doctoral, por haber encendido mi interés por Descartes. También va mi afectuoso gracias a Sofía Suez por su amor, su apoyo, su aliento, y por haberme infundido su incansable ímpetu. Sería imposible e inútil listar las numerosas fuentes consultadas para esta novela, las cuales abarcan la totalidad de las biografías de Descartes habidas y por haber, así como cuantiosos estudios históricos del siglo XVII y la Edad de Oro holandesa. Pero algunos trabajos se destacan y me he apoyado mucho en ellos, particularmente: *Descartes: A biography*, de Desmond Clarke; y *Cogito, Ergo Sum: The Life of René Descartes*, de Richard Watson.

*Permite por un momento que tus pensamientos se aventuren más allá de este mundo y vean otro mundo totalmente nuevo en los espacios imaginarios de la mente. Suponte que Dios crea de nuevo en este espacio tanta materia que no se pueda percibir un lugar vacío en cualquier dirección en la que nuestra imaginación se pueda extender. Aunque el mar no es infinito, aquellos que se hallan en un barco en el medio de éste al parecer pueden extender la mirada al infinito, y sin embargo hay más agua más allá de lo que pueden ver...*

*René Descartes*

# Índice

<i>Capítulo primero</i> .....	13
<i>Capítulo segundo</i> .....	25
<i>Capítulo tercero</i> .....	37
<i>Capítulo cuarto</i> .....	45
<i>Capítulo quinto</i> .....	55
<i>Capítulo sexto</i> .....	63
<i>Capítulo séptimo</i> .....	79
<i>Capítulo octavo</i> .....	99
<i>Capítulo noveno</i> .....	103
<i>Capítulo décimo</i> .....	123
<i>Capítulo décimoprimer</i> .....	133
<i>Capítulo décimosegundo</i> .....	139
<i>Capítulo décimotercero</i> .....	149
<i>Capítulo décimocuarto</i> .....	165
<i>Epílogo</i> .....	191

## Capítulo primero

*Donde Francine Descartes es rescatada del mar  
por un gentil caballero, artífice de la obra*

Los destellos de las miradas de los marineros trazan estelas en el firmamento gris como cometas de mal agüero. Se desprenden desde los rostros muecas de miedo y fascinación que flotan por sobre la superficie del mar enardecido. Ella busca, en el tumulto desfigurado por el prisma de las aguas, el bosquejo de una forma familiar. *¿Mon père?* Intenta gritar su nombre, su boca se llena de un agua salobre y helada. El torrente entra en su cuerpo y lo recorre hasta colmarlo. El peso arrastra a la muchacha hacia abajo.

*Pater, pater... ut quid dereliquisti me?*

Los torbellinos desdibujan el mundo, los borrones de luz se desvanecen, y viene la voz de papá: *Es como si hubiera caído en una profunda vorágine que me arroja de un lado al otro sin que pueda yo poner pie en lo más hondo ni nadar a la superficie...*

Un relámpago mudo resquebraja el cielo de las aguas por última vez, y el mar la arrima hacia su seno de piedra y oscuridad, lejos del odio y la estupidez de los hombres. Lejos, también, de su padre.

Envuelta ahora en una noche apacible y en apariencia perpetua, ella cierra los ojos y cruza las manos sobre su vientre en la posición en la que ha visto a los muertos descansar. Así acoge su destino como papá lo hubiese aconsejado, despojándose de toda pasión. El recuerdo de sus palabras retorna como para arrullarla: *Algún día estaremos juntos de nuevo y nada más nos separará. Pronto habrá una estrella nueva en el cielo. Será la estrella de tu alma que me acompañará desde allí arriba por el resto de las noches de mi vida.*

A juzgar por la quietud de sus párpados, ella se ha abandonado a la muerte; es decir, a la idea de la muerte. Cosas sin forma rondan en la media luz de su imaginación; movimientos bruscos, ecos de gritos y golpes. En su mente, su cuerpo sigue meciéndose al compás de las olas a pesar de que ya no haya mar ni oscuridad. Los truenos continúan, pero ya no provocan temor; los sonidos han adquirido una cualidad... chata, hueca.

Abre los ojos y se descubre postrada de espaldas sobre un suelo de piedra liso y gris, en el medio de una extensión que se intuye como infinita. Con su camisón blanco ensopado y su cabello dorado aureolando su cabeza, la niña podría ser una medusa arrastrada desde el fondo oceánico de un mito antiguo. Se incorpora sobre sus codos y traga una bocanada de aire, como si recién se acordara de respirar.

No está sola aquí, dondequiera que se halle: una figura alta y de hombros anchos se yergue en la penumbra a unos veinte pasos de ella. Con un movimiento

circular de su antebrazo, el hombre acciona la manivela de una máquina cilíndrica sostenida sobre cuatro pies de madera. Dentro del tambor que rota en su eje, rocas y arena producen el sonido de truenos y lluvia.

Es una vislumbre, y su vista se nubla. El agua fluye de sus ojos y forma arroyuelos en sus mejillas. Pareciera llorar a cántaros.

La tormenta cesa con un crujido, y un soplo de aire trae olor a pólvora quemada. El hombre toma su bastón y se le aproxima; renguea levemente. Su cara es larga y estrecha, de nariz prominente y ojos profundos. La barbilla y bigotes son finos como los trazos de una pluma. Viste un jubón de faldón corto y calzas ajustadas de seda negra lisa, un chaleco sin mangas y un saco negro de botones de oro con una cola bifurcada que le llega a las rodillas. La camisa es de un rojo brillante, con un cuello de lechuguilla discreto y sin almidonar. Completan el atuendo el *bandelier*, un sombrero de alas anchas con flores de seda, y unas botas de montar livianas y bien lustradas.

El hombre se quita el sombrero y se inclina ante ella. No usa peluca y su pelo es negro azabache, de rulos perfectos como tirabuzones.

—Con tu permiso, *dameiselle*. —Su voz resonante la estremece. La mano de ella se ve pálida y pequeña en el regazo de los dedos nudosos y oscuros del caballero—. Bienvenida seas de nuevo a *terra firma*, mi emperatriz.

La niña, quien aparenta tener unos catorce años, se levanta sobre sus pies y expele un chorro de agua por la boca.



—*Pardon, merci monsieur*, quienquiera que seáis.

—No es necesario que me trates formalmente, querida. Tus espíritus se encuentran muy agitados a cuenta de lo sucedido, y esto ha afectado tu facultad de recordar. Soy el Señor Vicente de la Vega, para servirte—. Se calza el sombrero, y con un gesto le indica el escenario, un armatoste de unos diez metros de ancho por tres de alto. Aquella fue la conclusión de la obra, la cual es también su comienzo.

La escenografía representa un océano tempestuoso. Hileras paralelas de olas de madera se mecen a lo largo del tablado. El modelo de un barco asoma por entre las olas y desaparece detrás de los bastidores a la derecha. El ímpetu de los mecanismos se agota y la escena se aquieta.

—¿Quiénes eran esos hombres? ¿Por qué quieren destruirme?

—Marineros brutos, *damoiselle*, no debes preocuparte más por ellos. Ahora mismo, nuestro deber más apremiante es atender a tu bienestar. Debemos apresurarnos antes de que cojas un resfrío fatal.

—Dime, *monsieur*. ¿Es éste el Cielo? ¿Es que acaso merezco el Cielo? Yo, una criatura sin alma...

—¡Veo que vas recordando!

—... aunque, con todo respeto, *monsieur*, tú no luces como un ángel.

—¡Que mi apariencia no te amedrente! Soy tu fiel amigo y servidor. Me temo que no hay Cielo ni Infierno para nosotros. De todos modos, no tenemos tiempo

para discutir cuestiones metafísicas. ¡Hay mucho trabajo que hacer!

De la Vega se dirige hacia el escenario y apoya su bastón contra un escotillón lateral; jala con ambas manos de una sogas gruesa, y los cortinajes en las alas opuestas comienzan a desplegarse. La luz va muriendo a medida que se cierra el telón hasta dejarlos en una penumbra a un respiro de ser completa oscuridad.

Reposando su peso sobre el bastón, de la Vega se inclina ante ella, le ofrece su brazo y la muchacha lo toma; la conduce entonces a la oscuridad. El caminar del caballero es ágil, usa el bastón hábilmente para ocultar su debilidad; con las faldas recogidas en una mano, ella debe apresurarse para seguirle el paso. El perfume del señor es dulce y afilado, como el aroma de un buen coñac.

—A diferencia de esa gente simple e ignorante, a ti te está reservado un rol muy importante en la obra, se podría decir que es el más importante.

—Todo lo que recuerdo son cosas confusas, parecen ser los recuerdos de algún otro.

—Lo son, mi princesa. Pero antes de preocuparte por esas cosas, debes reponerte. No sea que se estropeen esos exquisitos mecanismos en los que tanto arte se ha invertido.

Ella percibe, en las tinieblas, las siluetas de otros escenarios desperdigados por el recinto inmenso. En lo alto se vislumbra un entramado de sogas, poleas, vigas y contrapesos. Ángeles, muchedumbres, tigres, bosques,

relámpagos, montañas y dioses se amontonan en las bóvedas que se abren a extensiones regulares. Lámparas de aceite cuelgan de largas cadenas, proyectando un reticulado de sombras difusas y entrecruzadas.

Se detienen frente a otro tablado de dimensiones idénticas al anterior, y de la Vega desaparece detrás de los cortinajes. Se escucha el accionar de poleas y la luz alrededor comienza a crecer en intensidad. El telón se abre para revelar la representación de una habitación rectangular de techos bajos atravesados por gruesas vigas de madera. El objeto más prominente es una estufa de hierro adornada con relieves florales, con una columna de cerámica que se une al cielorraso. Hay una cama, dos sillas y un pequeño escritorio para escribir de pie.

De la Vega la ayuda a trepar los escalones. El escenario es angosto, y entonces ella observa que su profundidad aparente es el producto de una ilusión óptica: un lienzo de fondo crea una falsa perspectiva, la impresión de espacio y volumen.

El señor se dirige derecho a la estufa y abre la portilla. Con la manija de hierro, raspa el pedernal y en el tercer intento la llama se enciende. La muchacha percibe los objetos personales sobre el escritorio y la cama: un bolsón de cuero, un sombrero verde con una pluma naranja, un compás, implementos para escribir, una espada envainada, una botella de perfume... Los objetos parecieran esperar el inminente regreso de su poseedor.

De la Vega la apremia a que se acerque. Ella extiende sus brazos frente a la estufa, cierra los ojos, y deja que el fulgor cálido vaya filtrándose en su interior y restaurando su cuerpo. Él prepara un brebaje en una olla de bronce; su expresión ha cambiado y sus ojos al mirar a la joven se han colmado de una triste compasión.

Una campana comienza a repicar en la distancia; ella cuenta cuatro campanadas. Advierte entonces que de la Vega ha desaparecido. Rechinan de nuevo las poleas y un listón de madera desciende de las alturas, suspendido de dos cuerdas, acarreado vestidos y bolsas.

—Correré las cortinas y volveré en un momento a finalizar los detalles necesarios. Tendrás completa privacidad. —Su voz parece provenir de todos lados—. Y no bebas de la olla, que la infusión está muy caliente

Ella cuenta los vestidos, acaricia las telas entre sus dedos: seda, terciopelo, tafetán, encaje. Sus ojos se llenan de escarlatas y amarillos, carmesíes y bermellones. Cada material suscita un estremecimiento distinto, único y al parecer irrepetible. *Quatorze, quinze...* De las bolsas, toma una *chemise* de hilo, un par de chinelas negras, medias blancas y un abanico chino tan largo como su antebrazo.

Logra aflojar el *corset* y despegarse el camisón y las faldas con dificultad; luego se despoja de sus medias y *chemise*. Pareciera estar forcejeando contra un pretendiente ebrio.

No se podría decir que la muchacha esté desnuda; *descubierta*, quizás. Las extremidades y parte superior

del cuerpo se hallan revestidas de un material flexible que imita la piel humana a la perfección y que se asemeja también a un marfil finamente tallado. La parte inferior del torso, el estómago y la pelvis exponen los artilugios de la máquina. Puede verse un entramado de conductos; algunos gruesos como venas, otros finos como hilos. Pequeños receptáculos elásticos se contraen y dilatan a diferentes ritmos, impulsando los movimientos, sensaciones e ideas de la máquina a través de los manojos de tubos.

Una vez que las medias y *chemise* han sido acomodadas, la joven deviene una criatura natural de nuevo. La ilusión es magistral, y ella es más perfecta que la realidad, porque es indiferente a la muerte.

La joven se calza sus ropas y chinelas. Ha escogido un jubón de tafetán carmesí, con flores campanillas y ramas fantásticas bordadas de plata. El vestido lleva unas faldillas cosidas de terciopelo escarlata y unas amplias faldas lisas de seda ocre. Solo resta ajustar las cintas en la espalda.

Una vez vestida, vuelve a la estufa. Despliega el abanico, revelando la figura de un majestuoso pavo real con sus plumas extendidas; ella lo reconoce como chino, y se le escapa un suspiro de sorpresa y placer. Su mirada aletea por el escenario hasta posarse sobre el escritorio. Rodeada de instrumentos de escritura, descubre una carta a medio terminar. Con un movimiento rápido y certero, ella la apresa entre sus dedos y lee: “Te seré sincero acerca de mi proyecto. Lo que yo

quiero producir no es algo como el *Ars Brevis* de Lullio, sino una ciencia completamente nueva que proveerá la solución general a todas las ecuaciones posibles, implicando cualquier tipo de cantidad”.

El sonido de las campanas interrumpe su lectura. Son seis repiques esta vez, seguidas de la voz de de la Vega retumbando en el aire:

—¿Has concluido ya, *ma damoiselle*?

—Puedes pasar.

Se oye el sonido de botas sobre los peldaños de madera. De la Vega, al verla, hace una reverencia exagerada y ataja su sombrero antes de que se le deslice al suelo.

—Oh, mis ojos no merecerían contemplar tal belleza. ¡Es como si emitieses tu propia luz!

—Eres un adulator sinvergüenza. Pero continúa, si quieres. Así lo ha dicho Cervantes: No hay mujer en el mundo que no le agrade que le digan que es hermosa.

—Marfil de Marruecos, cristales de Venecia, caucho refinado de los reinos portugueses en América... Pero tú, mi princesa, eres mucho más que la suma de tus partes.

La muchacha sonríe, y aureolas perfectamente circulares se forman en sus mejillas. Con un amplio ademán, el señor señala una manga de su saco y luego la otra, mostrando que no hay nada escondido allí. Agita sus manos en el aire teatralmente, y surge de la nada un pesado espejo de mano, forjado en plata y con incrustaciones de rubí.

Ella aplaude y toma el espejo con una reverencia. Se mira y se maravilla ante su imagen. Sus dedos tantean sus labios, su frente, sus ojos. El esfuerzo de su mirada revela una idiosincrasia: la muchacha es bizca y, al enfocar objetos cercanos, su ojo izquierdo se inclina levemente hacia la punta de su nariz.

Tras obtener el permiso de la dama, de la Vega ajusta las cintas y cordeles de su vestido. Luego atiende al brebaje, que ha estado enfriándose a los pies de la estufa. Vierte una cantidad en una taza de madera y se lo ofrece para que beba. Acto seguido, de la Vega se ocupa de los cabellos de la muchacha: con un peine de hueso, desenreda y alisa. Las hebras doradas arrancan destellos del aire y vuelven a la vida.

—Estas manos te parecerán toscas, pero me confíen una habilidad manual superior a la del más diestro artesano.

Bebiendo en silencio, ella observa el trabajo de las manos en el espejo. Una vez que el cabello ha sido debidamente preparado, de la Vega separa seis puñados del mismo grosor y los entrelaza.

—¿Cuál es mi nombre? —pregunta la muchacha de súbito.

De la Vega se detiene, como si tuviera que recordarlo.

—Francine —dice cuidadosamente—. Tu nombre es Francine Descartes. —Recoge las trenzas en un rodete y las sujeta con una peineta.

—Francine Descartes... —Saborea pausada y extrañamente el sonido de su propio nombre.

Él extrae tres collares de la caja de porcelana y se los muestra. Sin vacilar, Francine escoge una gargantilla de perlas diminutas que calza alrededor de su cuello a la perfección.

—Así es. Francine Descartes, la protagonista central de nuestra obra.

Los ojos de la muchacha se contemplan en las aguas del espejo.





